

Por esta vez, los votos de la Francia fueron oídos; la reina dió á luz dos princesas.

Semejante fecundidad daba esperanzas para en adelante; sin embargo, Luis XV resolvió hacer entrar á Dios en sus intereses. El 8 de diciembre de 1728 comulgaron ambos en público con tal intención, y nueve meses después dió la reina á luz el primer delfin.

Esto causó un delirio no solamente en Francia, sino en toda la Europa, cuya paz aseguraba este fausto alumbramiento; se tributaron gracias á Dios públicamente, porque había mostrado de un modo tan patente su intervención en las cosas humanas: el rey asistió al *Te Deum* que se cantó en la catedral, y después cenó en el ayuntamiento con los príncipes de su sangre y principales magnates de la corte; se acuñó una moneda en que estaban representados el rey y la reina, y en el reverso la tierra sentada sobre un globo, teniendo al delfin en sus brazos con esta leyenda: *VOTA ORBIS*, los votos del universo.

Á principios del embarazo de la reina, murió en San Petersburgo Catalina, emperatriz de Rusia; y á Newton le llevaban á enterrar en Westminster.

Seis pares del reino llevaban las orillas del paño mortuorio.

CAPÍTULO IV.

Vuelta del duque de Richelieu. — Muerte de Mad. de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lecouvreur. — Pormenores sobre la muerte de esta última. — Revolución de la Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Las Noticias eclesiásticas. — Arresto y exposición de tres redactores. — Victor-Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Mad. de Verrue. — Victor-Amadeo conspira para volver al trono. — Es arrestado y conducido al castillo de Rivoli. — El rey de Prusia hace arrestar á su hijo. — El duque de Orleans se separa de los negocios. — El rey se hace jardinero.

El principio del año de 1729 se señaló con un grande acontecimiento de que Paris tenia gran necesidad para salir del letargo en que se hallaba.

El duque de Richelieu volvió de su embajada en Viena.

Había ya tres meses que el rey, en recompensa de los importantes servicios que le había prestado cerca del emperador, le había autorizado á usar el cordón de la orden de Santi Spiritus.

El primero de enero fué recibido en el capitulo, y el rey le dió la placa.

Los únicos acontecimientos importantes, si se exceptúa el que acabamos de citar, se redujeron á nacimientos y defunciones.

Mad. la condesa de Nesle muere, y su hija, Mad. la

condesa de Mailly, á la que veremos muy pronto hacer un papel importante, recibe el nombramiento de dama del palacio en su lugar.

Los mariscales de Uxelles y Villeroy mueren, y tambien Mdlle. Adriana Lecouvreur.

Las tres muertes primeras no causaron grande impresión; Mad. de Nesle estaba enferma ya hacia mucho tiempo; Mr. de Uxelles tenia 79 años, y Mr. de Villeroy 76 ó 77.

Pero Mdlle. Lecouvreur estaba en todo el brillo de su juventud, de su belleza y de su talento, y después circunstancias extrañas intervenían en esta catástrofe.

En aquel tiempo se decía lo siguiente; pero antes de llegar á su muerte diremos algunas palabras acerca de su vida.

Adriana Lecouvreur era hija de un pobre sombrero de Fisme, en Champagne, que habia venido á establecerse en París; habia escogido el lugar de su establecimiento en las inmediaciones del Teatro Francés, y esta vecindad habia metido en la cabeza de la joven Adriana ideas de comedia, que realizó, saliendo por primera vez á las tablas el 14 de marzo de 1717, haciendo el papel de Monima, y posteriormente de Electra y de Berenice. Un mes después de haber desempeñado estos papeles fué recibida actriz ordinaria del rey para los papeles trágicos y cómicos.

Su carrera dramática fué de trece años, que vió trascurrir en medio de triunfos progresivos y sin cesar fomentados por el público.

Ella pertenecía á aquella rara escuela de artistas dramáticos que habla la tragedia, y que rompiendo la medida de los versos, saben conservar al periodo su armonía poética.

Sin ser de elevada estatura, sabia tan bien aumen-

tarla que parecía siempre que sobresalía de las demás mujeres en toda la cabeza; así es que se decía de ella, que era una reina extraviada entre cómicas.

Su repertorio más familiar, el que representaba con una superioridad marcada, eran los papeles de Jocasta, de Paulina, de Atalia, de Zenobia, de Rojana, de Hermione, de Erifile, de Emilia, de Mariana, de Cornelia, de Fedra.

Una de las aventuras de Adriana hizo mucho ruido en el mundo. Cuando el 28 de junio de 1726, el conde de Sajonia su amante, por una voz unánime habia sido duque de Curlandia, ella empeñó su vajilla por la cantidad de diez mil libras para ayudarle á conquistar su ducado que le disputaban la Rusia y la Polonia.

Y el conde de Sajonia, que reunia en este momento todos sus recursos personales y todos los de sus amigos, no tan solamente habia aceptado, sino que contó en las principales casas este rasgo de su querida.

Desgraciadamente para Adriana la empresa no tuvo éxito.

Obligado á dejar la Curlandia en 1727 volvió á París el conde de Sajonia, y duque en embrión reanudó sus relaciones con una princesa cuya dignidad aunque más efimera era más durable que la suya.

Hasta aquí los hechos: ahora entran las conjeturas.

Uno ó dos meses antes de la muerte de Adriana Lecouvreur, se habia enamorado del conde de Sajonia Luisa Enriqueta Francisca de Lorena, cuarta mujer de Manuel Teodoro de la Tour de Auvernia, duque de Bullón.

La duquesa de Bullón, que entonces tenia 25 años, era una mujer violenta, arrebatada, caprichosa, y

sobre todo excesivamente galante, pues la crónica escandalosa aseguraba que sus gustos no tenían límites y que se extendían desde los príncipes hasta los cómicos.

La duquesa, según ya hemos dicho, se había prendado del conde de Sajonia, pero éste, no se sabe por qué, hizo el Hipólito y no quiso corresponder á aquel capricho, no porque se picase de fidelidad á Adriana, sino sin duda por un capricho semejante al que experimentaba Mad. de Bullón.

Una mujer despreciada busca siempre al desprecio de que ella es objeto, la razón menos humillante posible: la que adoptó la duquesa de Bullón fué que los compromisos que el conde de Sajonia había contraído con Adriana no le dejarían la libertad de tener otra querida.

Ella vió, pues, en Adriana el obstáculo que impedía que el conde de Sajonia le correspondiese, y resolvió vengarse deshaciéndose de su rival.

No somos nosotros de los que creen en la culpabilidad de los príncipes, por la sola razón de que siendo príncipes deben ser culpables. No, no, somos nosotros de los que registran todos los rumores, y por consiguiente repetimos lo que se dijo en aquella época, no á la manera de un acusador público, sino como un mero narrador del hecho.

La Bastilla sin velo señala en el número de las personas encarceladas en 1750, al señor abate Bouret, por el *negocio de la duquesa de Bullón y de la cómica la Lecouvreur*.

He aquí el negocio por que estaba preso el abate Bouret. Hemos tomado los pormenores que van á leerse de una carta de Mdle. Aisse á Mad. de Calandima. Esta carta tiene la fecha de marzo de 1750. Las

noticias que contiene tenían toda la frescura de la novedad, puesto que Mdle. Lecouvreur murió el 20 del mismo mes.

Decidida á suprimir el obstáculo que la molestaba, la duquesa de Bullón mandó preparar unas pastillas envenenadas; y después como era necesario hallar un medio de entregar las pastillas á Mdle. Lecouvreur, escogió á un joven abate que gozaba de la reputación de pintar agradablemente para que fuese el instrumento de su venganza.

El abate era pobre, y un día que se paseaba en las Tullerías sin saber cómo haría para comer, se le acercaron dos hombres, que después de una conversación bastante larga, le propusieron un medio de salir de la miseria: este medio consistía en introducirse, á favor de su habilidad para pintar, en casa de la Lecouvreur, y de hacerle comer las pastillas que ellos le darian: el pobre abate se negó á ello y se obstinó en negarse á las grandes instancias que le hicieron, manifestándoles él la enormidad del crimen; pero los dos hombres le respondieron que mediante á que él era ya depositario de aquel secreto, no había medio de retroceder, y que si no ejecutaba lo que se esperaba de él, era un hombre perdido.

Espantado el abate prometió cuanto quisieron exigir de él.

Entonces le llevaron á casa de Mad. de Bullón, que le repitió promesas y amenazas y le entregó las pastillas; el abate se empeñó en que dentro de los ocho días siguientes llevaría á cabo su proyecto.

En este intervalo Mdle. Lecouvreur recibe una carta anónima, en que le suplicaban acudiese sola ó con una persona con quien pudiese contar como consigo misma al jardín del Luxemburgo, al quinto árbol

de una calle que se le indica, donde encontrará un hombre que tenía cosas de la mayor importancia que comunicarle. Como la carta llegaba, ó más bien era recibida, porque Mdle. Lecouvreur, habiendo salido por la mañana, regresaba á su casa con un amigo y Mdle. Lamothe su compañera; como la carta, volvemos á decir, llegaba á la hora misma de la cita, subió á un coche con las dos personas que la acompañaban, y mandó al cochero que se condujese al Luxemburgo.

Habiendo entrado en él se dirigió al sitio indicado, y al pie del quinto árbol se encontró con el abate Bouret, que dirigiéndose á ella, le contó la fatal comisión que le habían dado, declarando que él era incapaz de semejante crimen, pero agregando que si no lo cometía estaba cierto de que él mismo sería asesinado.

Adriana dió gracias al joven, y le dijo que era de parecer, puesto que había tomado el negocio bajo su mejor aspecto, llevarle hasta el fin, denunciando en el instante el mismo crimen al lugarteniente de policía. El abate contestó que tal había sido su primera intención, habiéndole detenido únicamente la consideración del poder de los enemigos que se iba á hacer; pero que hallándose conforme el consejo que ella le daba con sus primeras inspiraciones, estaba pronto á seguirlo.

Adriana se aprovecha de esta buena disposición, da un asiento en su coche al abate, y le conduce á casa de Mr. Herault, que era entonces lugarteniente de policía, á quien manifestaron el motivo de la visita.

Mr. Herault preguntó al abate si tenía las pastillas que decía le habían entregado; y el abate por única respuesta las sacó de su faltriquera y las puso en manos del lugarteniente de policía.

Llamaron á un perro, le dieron una de aquellas pastillas, y el perro reventó al cabo de un cuarto de hora.

— ¿Cuál de las dos Bullón os ha entregado estas pastillas? preguntó entonces el lugarteniente de policía.

— La duquesa, respondió el abate (1).

— No me sorprende. ¿Cuándo os hicieron la propuesta? continuó él.

— Antes de ayer.

— ¿En qué sitio?

— En las Tullerías.

— ¿Quién?

— Dos hombres á quienes no conocí.

— ¿Y os dijeron que os hablaban en nombre de Mad. de Bullón?

— Hicieron más que todo eso, pues me condujeron á su casa.

— ¿Y la duquesa os confirmó lo mismo que los dos hombres os habían dicho?

— Sin faltar ni una sílaba.

— ¿Os atreveríais á manteneros firme en este negocio?

— Mandad que se me ponga preso y careadme con Mad. de Bullón.

El lugarteniente de policía reflexionó un instante.

— No, dijo él, siempre estaremos á tiempo de echar mano de ese medio.

Después, habiéndole preguntado las señas de su casa, lo despidió y dijo á Mdle. Lecouvreur estas palabras sacramentales de todos los jefes de policía, presentes, pasados y futuros:

(1) La segunda era Maria-Carlota Sobieski, que se casó en 1724 con Carlos Godofredo de Latour-d'Auvergne, príncipe de Bullón.

— Bien podéis volveros tranquila, yo velo por vuestra seguridad.

Apenas Mdle. Lecouvreur y el abate se marcharon, cuando el lugarteniente de policia puso en conocimiento del cardenal de Bullón esta aventura. El cardenal se puso furioso é insistió en un principio por la publicidad; pero los amigos y parientes de la casa de Bullón fueron de opinión de que no transpirase este escandaloso negocio. Al cabo de algún tiempo, sin saber por dónde ni cómo, se hizo público y causó mucho ruido.

El cuñado de Mad. de Bullón habló á su hermano y le dijo que era necesario absolutamente que su mujer se lavase de semejante sospecha; que debia solicitar una orden de prisión para encerrar al abate. No fué difícil conseguir esta orden, mediante la cual el abate fué preso y encerrado en la Bastilla. Le tomaron declaraciones, pero no hizo más que repetir lo que ya antes habia dicho. Le amenazaron, más no por eso dejó de mantenerse en lo que tenia declarado. Le hicieron las más seductoras promesas, pero no quiso dejarse corromper.

Allí se mantuvo preso sin que el negocio diese un paso atrás ni adelante.

Entonces Adriana escribió al padre, que vivía en una provincia y que ignoraba la desgracia de su hijo. El pobre hombre voló á Paris, solicitó la formación de causa á su hijo, como si hubiera pedido un favor. Viendo que todas sus reclamaciones eran inútiles, se dirigió al cardenal, quien preguntó á Mad. de Bullón si quería que se formase sumaria sobre aquel negocio, mediante á que su conciencia no le permitía que estuviese preso un inocente. Mad. de Bullón prefirió que le pusiesen en libertad, más bien que la forma-

ción del sumario, y el abate salió de la Bastilla.

Dos meses permaneció el padre en Paris teniendo cuidado de su hijo; pero al cabo de ellos se marchó: el abate tuvo la imprudencia de seguir en su misma habitación, de la que desapareció repentinamente sin que se volviese á saber su paradero.

Al saber esta desaparición comprendió Adriana que la venganza de la duquesa de Bullón sólo habia estado adormecida y que se despertaba.

Quince días se pasaron sin embargo, sin que Adriana oyese hablar de nada. En fin, una noche, después de la pieza principal en que Adriana habia hecho el papel de Fedra, Mad. de Bullón la convidó para que pasase á su palco. Sorprendida de semejante convite, contestó la actriz que el traje en que se hallaba no le permitía presentarse ante ella; mas la duquesa, que no se dió por vencida, le mandó á decir que cualquiera que fuere el traje en que estuviese, se lo dispensaba anticipadamente.

— La señora duquesa es demasiado indulgente, dijo Adriana, y si ella me dispensa el presentarme así en el palco, no tendria el público igual condescendencia. Decidla sin embargo, que por obedecerla en cuanto de mí dependa, me hallaré á su paso cuando salga.

No tuvo más remedio la duquesa de Bullón que contentarse con esta respuesta, y á la salida halló en efecto á Mdle. Lecouvreur que la estaba esperando. La duquesa le hizo mil cumplimientos y elogios, tanto por su modo de representar, cuanto por su gracia y su hermosura; sin duda quería ella con esta muestra pública de simpatía, como no era raro que los grandes señores diesen á los artistas, hacer olvidar los rumores que habian corrido.

Al día siguiente, Adriana se encontró indispuesta en lo mejor de la pieza que estaba representando y que no pudo acabar. Fué necesario anunciarlo así, y el público, que no estaba completamente tranquilo con la galantería que la duquesa de Bullón había hecho á la artista, pidió que se le dijese cómo estaba al concluirse la función. Nada tenían de satisfactorias las noticias que se le dieron, porque había sido necesario llevar á Adriana hasta su coche en vista del abatimiento en que se hallaba.

Desde este mismo día, Mdle. Lecouvreur se fué desmejorando visiblemente, y sin embargo, ella trató de luchar con el mal, y el 15 de marzo volvió á presentarse en Jocasta.

Entonces pudo juzgar el público la alteración que había sufrido; apenas si podía hablar y sostenerse, tanto que se creyó que no podría acabar la tragedia.

Después de Edipo se representaba el Florentino; todo el mundo creía imposible que Adriana desempeñase su papel en esta comedia; mas con gran sorpresa de los espectadores volvió á salir. Allí se la vió luchar con el mal y vencerle, estuvo inimitable.

Esta fué su despedida del público.

Cuatro días después murió en medio de horribles convulsiones. Hecha la autopsia del cadáver se vió que tenía gangrenadas las entrañas.

Se esparció entonces el rumor de que había sido envenenada con una lavativa.

Pero no paró todo en esto: la persecución del clero debía agregar á esta muerte una ilustración de que no necesitaba después de los rumores de envenenamiento que habían corrido.

Se denegó á la artista la sepultura eclesiástica, y á la una de la noche fué conducida por mozos de cor-

del á un rincón de la calle de Borgoña á orillas del Sena, y allí la enterraron clandestinamente.

Quedó un bellissimo retrato de ella, que representa á Cornelia; el retrato es de Doypel y está grabado por Drevet hijo.

El duque de Bullón, marido de la duquesa á quien públicamente se acusaba de haber envenenado á Mdle. Lecouvreur, no sobrevivió más que dos meses á la artista.

Por este mismo tiempo intentaron los corsos su primera rebelión contra los genoveses, rebelión que debía venir á parar en la reunión de la Córcega á la Francia dos años antes de nacer Napoleón.

Ya hemos manifestado la universal alegría que causó la noticia del nacimiento del señor delfín; la alegría no fué menor cuando se anunció el nacimiento de un segundo príncipe, que fué llamado duque de Anjou. Desde entonces, á menos de una de aquellas fatalidades semejantes á la que había perseguido á la posteridad de Luis XIV, no corría riesgo de extinguirse la rama primogénita.

Sin embargo, la guerra contra los jansenistas y los molinistas continuaba: la bula *Unigenitus* de que los convulsionarios de San Medardo no eran más que un episodio, ocupaba los entendimientos á falta de acontecimientos más importantes.

Los apelantes estaban furiosos contra ella y publicaban como hemos dicho contra los acceptantes, una colección semanal, llena de talento, de agudeza y de sátira amarga, intitulada las *Noticias eclesiásticas*.

Hemos contado lo que sucedía con motivo de esta colección, y cómo eran engañados diariamente los agentes de policía por los autores é impresores. Se cansaron de habérselas con los agentes, y la mistifi-

cación subió hasta el lugarteniente de policía en persona.

Un día propuso un desconocido, por medio de cartas, á Mr. Herault una apuesta bastante singular; era hacer entrar á una hora determinada, y por una puerta designada, á pesar de la vigilancia de los empleados, aunque aumentasen otros tantos, cincuenta ejemplares de los folletos prohibidos. Mr. Herault respondió por cartas que aceptaba la apuesta.

Inmediatamente se mandó que cuantos entrasen por la puerta indicada y á la hora señalada, que era á las tres de la tarde, fuesen registrados hasta el pellejo.

A la tercera campanada del reloj, se presenta un hombre, le detienen y conducen á la aduana.

Registrado de pies á cabeza, se ve desde luego que el hombre no puede ocultar ni una cuartilla de papel; por consiguiente le dejan para registrar á otro.

Pero el hombre registrado pretexto una cita dada para hora determinada, y pretende que si no prueba que ha sido detenido por fuerza mayor, perderá una cantidad de consideración, y es tanto lo que insiste que el jefe del registro de la aduana le da un certificado en que acredita haberse presentado en la puerta á las tres en punto; pero que había sido detenido hasta las cuatro, con motivo del registro que ha sufrido.

Provisto de este certificado, continúa su camino seguido de un perro de aguas, del cual nadie hizo reparo, y se dirige á la prefectura de policía.

Luego que llegó, ató su certificado en la punta de una cuerda que colgaba entre las piernas del animal, y rogó á un portero que introdujese el perro en el despacho del lugarteniente.

En efecto, el animal fué presentado: el magistrado leyó el certificado que llevaba pendiente de la cuerda, lo registran, y mirándole la barriga por el lado que colgaba la cuerdecilla en que iba atado el certificado, se descubre que la piel del perro es postiza, y que cubre á un animal que es una tercera parte más pequeño de lo que parece, y que entre la verdadera piel y la postiza se encuentran los cincuenta folletos.

Mr. de Herault confesó francamente que había perdido, y envió la cantidad apostada al punto que se le había indicado.

En fin, para no ser desmentido, arrestó á tres miserables que él supuso que eran impresores, autores y editores de las *Noticias eclesiásticas*, los mandó poner en la argolla y los desterró.

Las noticias manuscritas no dejaron de aparecer en los mismos dias y horas que se habian anunciado.

El mismo día en que pusieron en el pilori á los tres jansenistas, editores de las *Noticias eclesiásticas*, arrestaron á Mr. de Montgerón que había presentado al rey el primer tomo que trataba de los milagros del diácono Paris, y lo metieron en la Bastilla.

Desde aquel momento mismo, todos miraron á Mr. de Montgerón como un mártir. Se vendía una estampa que le representaba arrodillado delante de la santa imagen del diácono, en el momento en que los exentos de guardias que iban á prenderle, entraban en su casa.

Por lo demás, esta extraña secta de los convulsionarios, cuya extinción suponen todos los historiadores por los años de 1756, existe aun hoy día. El autor de este libro ha conocido una familia de convulsionarios en que las crisis se han perpetuado, y él habria visto administrar lo que se llamaba los grandes socorros,

esto es, los palos y los trancazos á una pobre vieja de 70 años que tenia las convulsiones cada tres meses, si, á los primeros golpes que la dieron, no se hubiese ido, espantado á un mismo tiempo de la violencia con que descargaban los atormentadores y el placer con que la paciente recibía aquella singular preparación para el éxtasis.

No es necesario decir que la facultad de medicina no tenia parte alguna en la cura, y que la aplicación del terrible remedio era casera.

Durante este tiempo seguía un rey el ejemplo de Carlos V, de Cristina y de Felipe V, y se disgustaba del trono que más adelante echaría de menos. Este rey era Víctor-Amadeo II, el cual abandonaba á Turin por Chambery donde se proponía vivir como un simple particular, bajo el nombre de conde de Tenda, dejando la corona á su hijo Carlos-Manuel.

Pero su amor á la bella condesa de San Sebastián, más bien que las diversas vicisitudes de su vida tempestuosa, decidieron su retirada. Así es que apenas llegó á Chambery, hizo por ella, pero públicamente, lo que clandestinamente el rey Luis XIV había hecho por Mad. de Maintenon: esto es, se casó con ella.

En medio de las turbulencias, que le quitaban un ducado y le devolvían un reino, la vida de Víctor-Amadeo se había dividido entre dos amores. El de Mad. de Verrue, de quien ya hemos hablado, y que había traído á Francia el contraveneno que ofreció á Luis XV, y el de la condesa de San Sebastián que debía acompañarle de su prosperidad á su retiro, y de éste á su prisión.

Puesto que hemos pronunciado el nombre de Mad. de Verrue, que algunos años más adelante debía abandonar el mundo, diremos aun algunas palabras

sobre esta curiosa existencia, que fué una de las más completas de la época, que acabó muriendo con el nombre de dama de Deleite, después de haber merecido el de dama de Virtud.

Mad. de Verrue era hija del duque de Luynes y de su segunda mujer, que se hallaba ser al mismo tiempo mujer y tía de su marido, siendo hija, y siendo hermana de padre de su madre, la famosa duquesa de Chevreuse á quien hemos consagrado tantas páginas en nuestra historia de Luis XIV. De este segundo matrimonio había tenido muchos hijos el duque de Luynes, y como no era rico, se deshizo de sus hijas como pudo.

Juana de Albert de Luynes, que nació el 18 de septiembre de 1670, de quien vamos hablando, se había casado con Mr. de Verrue, cuya madre viuda y muy considerada, era dama de honor de Mad. de Saboya.

El conde de Verrue se presentó en la corte de Piemonte con su joven mujer. Él era joven, hermoso, bien hecho, rico y además hombre de bien. Todas estas cualidades llamaron la atención de la esposa y le inspiraron un amor real y profundo hacia su marido. Los primeros años de su unión se pasaron en medio de una dicha que ningún accidente vino á perturbar.

El duque de Saboya vió á Mad. de Verrue en casa de su madre, y se enamoró de ella. El amor de un príncipe no se oculta mucho tiempo, particularmente á la que es objeto de él. Mad. de Verrue se apercibió de las galanterías del duque de Saboya, y previno de ello á su suegra y á su marido, que se contentaron con alabar su prudencia, pero que no hicieron caso de la advertencia. Viendo el duque de Saboya esta

facilidad, redobló sus atenciones, dispuso fiestas contra lo que tenía de costumbre, haciendo á Mad. de Verrue la reina de estas fiestas. No necesitó ésta andar buscando mucho tiempo con qué intención se daban aquellas fiestas. Ella inventó algunos pretextos y se abstuvo de concurrir á ellas dos veces consecutivas. Fácil es de comprender que se notó su ausencia, y lejos de agradecerle este sacrificio, su marido y su suegra se lo censuraron. Entonces confesó ella á su marido, que el duque de Saboya estaba enamorado de ella; que las atenciones, delicadezas y aun las palabras del duque de Saboya no le dejaban la menor duda sobre el particular; pero Mr. de Verrue le respondió que aun cuando el duque de Saboya estuviera enamorado de ella, no convenia ni á su honor, ni á su fortuna que ella indicase nada. Entonces viendo el duque de Saboya que nada se oponia á sus amores, se volvió más atrevido y se declaró sin rodeos á la joven esposa, que recurrió de nuevo á su marido y á su suegra, rogándoles que él ó ella la llevasen al campo, ó que á lo menos le diesen licencia para retirarse. Pero á esta exigencia prorrumpieron ambos que ella queria su ruina. No le quedaba entonces más que un recurso; fingió que estaba enferma, é hizo de modo que la mandaron á los baños de Borbón, y escribió á su padre recomendándole con instancias que se hallase en Borbón al mismo tiempo que ella, advirtiéndole que tenía un secreto de la más alta importancia que comunicarle. Necesario era someterse á la vista de una disposición de los médicos Mad. de Verrue madre, y consintieron pues en que la enferma dejase el ducado de Saboya, pero que fuese acompañada de su tío el abate de Scaglia. Nada habia mejor que semejante tutela, porque el abate era hom-

bre de setenta años, y pasaba por un santo varón.

Pero Mad. de Verrue era tan hermosa que era capaz de hacer caer á un santo. El picaro viejo, como dice San Simón, se enamoró de su sobrina, de modo que cuando ella vió á su padre y le manifestó el peligro que corria volviendo al Piamonte, el abate Scaglia prometió que él velaría en defensa de su sobrina, y que se opondría contra toda tentativa que pudiese atacar su honor.

La promesa tranquilizó á Mr. de Luynes y aun á la misma Mad. de Verrue. Mr. de Luynes se volvió á Paris, y Mad. de Verrue regresó al Piamonte después de tres meses de ausencia.

Pero durante el viaje, á su vez confesó el abate á su sobrina que todo cuanto habia hecho para guardarla á su lado, provenia del amor que le profesaba, de modo que habiendo rechazado este amor casi con horror, Mad. de Verrue se apercibió de que lejos de tener un defensor en su tío, acababa de crearse su más cruel enemigo.

Cuando llegó á Turin, se encontró con el duque más enamorado, y á Mr. de Verrue y á su madre más complacientes que nunca.

Repelida entonces la pobre mujer por su suegra, abandonada de su marido y perseguida por su tío, no tuvo más recurso que arrojarle á los brazos del duque.

Dado el escándalo, el marido, la mujer y el tío se desesperaron é hicieron mil extravagancias, pero ya era demasiado tarde; por otra parte el duque les impuso silencio. Estaba loco con Mad. de Verrue. En un momento empezó á gozar al lado del duque de un favor igual al que Mad. de Maintenón habia gozado con Luis XIV. El duque de Saboya tenía los consejos

de ministros en la casa de ella, colmándola de toda clase de favores, adivinando sus pensamientos y anticipándose á cumplirlos, dándole pensiones, pedrería, muebles, casas (1), pero en cambio era celoso como un tigre, y la tenía encerrada, á lo cual él mismo se había condenado. En medio de todo esto Mad. de Verrue cayó enferma, la habían envenenado. Felizmente el duque de Saboya tenía un contraveneno y se lo administró á todo trance. Se vió que el contraveneno era el antidoto del veneno, y Mad. de Verrue se curó. Algún tiempo después le acometieron las viruelas, y el duque no permitió que nadie la asistiese más que él, velándola todas las noches hasta que estuvo fuera de peligro. La prueba de amor que Mad. de Verrue habría deseado más que ninguna otra hubiera sido un poco más de libertad; pero su ilustre amante se volvía cada vez más celoso, y aunque ella no le daba ni el menor motivo, cada día la tenía más encerrada. Este género de vida llegó á hacerse insostenible á la pobre favorita. Tenía un hermano á quien amaba mucho, el caballero de Luynes, al cual escribió para que fuese á verla á Turín, citándole precisamente para la época en que el rey debía hacer un viaje á Chambery.

El caballero de Luynes fué exacto en ir á Turín como su padre lo había sido en ir á Borbón. Ella le manifestó todo lo que ocurría como había hecho con su padre. Entonces convinieron en que se fugarían á Francia. Mad. de Verrue empezó por poner en salvo

(1) Mad. de Verrue, dice la princesa Palatina, tiene, según creo, unos 48 años de edad (1718). — Yo me he aprovechado de su robo: me vendió ciento sesenta medallas de oro, que eran la mitad de las que había robado á su amante. — También tenía cajas llenas de medallas de plata, todas éstas fueron vendidas á la Inglaterra.

fuera del ducado, su dinero y alhajas, después realizó la venta de diferentes fincas, envió su producto por el mismo camino que las anteriores remesas; y finalmente, acompañada de su hermano salió una noche de Turín á caballo, llegó á Génova y allí se embarcó para Marsella, á donde llegó sin novedad.

El duque se puso furioso, pero su poder tan sólo llegaba á la frontera de su ducado; y mientras que él rabiaba contra la fugitiva, ésta se dirigía á Paris y se encerraba en un convento.

Pero Mad. de Verrue, como es fácil persuadirse, no había salido de una prisión forzada para imponerse un encierro voluntario. Salió de su convento, compró una casa, y daba banquetes en que abundaban los platos delicados; y como era una mujer encantadora, llena de talento, radiante todavía en belleza y juventud, tardó muy poco en tener una corte en cuyo centro fué reina de diferente modo que lo había sido en Piamonte. El servicio que ella hizo al rey, trayendo un contraveneno semejante al que la había salvado á ella misma, acabó de darle una posición en el mundo. Cien mil francos que gastaba anualmente en cuadros, en curiosidades, en gratificaciones que daba á los artistas pobres, ó á los literatos desvalidos, le proporcionaron los elogios de Lafaye y de Voltaire. Esta vida tan agradable duró hasta el año de 1736, época en que murió, dejando medio millón en legados á sus amigos, y habiendo compuesto ella misma el epitafio que quería que se pusiese sobre su sepulcro.

Hele aquí; tiene el doble mérito de ser corto y verdadero:

Aquí yace en reposo profundo
Una dama de voluptuosidad,
Que para mayor seguridad
Tuvo su paraíso en este mundo.

Dejó un hijo y una hija reconocidos por el duque de Saboya. El hijo murió joven y soltero: la hija se casó con el príncipe de Carinián, cuya descendencia reina actualmente en Italia.

Hemos dicho, hablando de la condesa de San Sebastián, que su amor debía acompañar al rey Victor-Amadeo á su retiro, y de su retiro á su prisión. Digamos como reinando todavía el 1.º de septiembre de 1750. Victor-Amadeo estaba preso el 8 de octubre de 1751, esto es, un año después de haber bajado del trono, y de haber abdicado voluntariamente á favor de su hijo Carlos-Manuel.

Es que Victor-Amadeo, como Carlos V, y como Cristina, no bien hubo descendido del trono, cuando echó de menos el trono desdenado, é intentó de volverlo á recobrar de aquel á quien se lo dió; pero un trono no se devuelve así, ni aun á un padre. En la noche del 28 al 29 de septiembre fué arrestado Victor Amadeo en el castillo de Moncalier, por orden de su hijo, y conducido al castillo de Rivoli. En cuanto á su mujer la condesa de San Sebastián, fué desterrada á las fronteras del Piamonte.

Entretanto que un hijo hacía arrestar á su padre en Cerdeña, un padre hacía arrestar á su hijo en Prusia.

El 15 de septiembre de 1750, Federico-Guillermo II, hijo de aquel elector de Brandeburgo, que había hecho erigir la Prusia en reino, y había sido reconocido rey el 18 de enero de 1701, Federico-Guillermo II

dió orden de arrestar á su hijo, que, de acuerdo con el conde de Kate, había querido salir de los estados de su padre contra su voluntad.

La orden se llevó á cabo contra el príncipe y su cómplice.

Por este tiempo fué cuando el duque de Orleans, cansado de la lucha inútil que sostenía contra Mr. de Fleury, resolvió separarse de los negocios para entregarse de un todo á la devoción.

En consecuencia, presentó su dimisión del cargo de coronel general de infantería. El rey la admitió y suprimió esta plaza.

Este mismo empleo, suprimido ya en 1659, después de la muerte del duque de Epernon, fué restablecido en 1721 para el señor duque de Orleans, entonces duque de Chartres.

En cuanto á Luis XV, durante todos los acontecimientos que acabamos de referir, su mayor placer, después de la caza, el ceremonial, los oficios de iglesia y la etiqueta, era el plantar lechugas en un jardínito que le había dado Mr. de Fleury, y mirarlas como crecían.

Á propósito de Mr. de Fleury, hemos olvidado consignar en el tiempo y lugar correspondiente su promoción al capelo, que fué en 11 de septiembre de 1726.